

## EL ESPEJO DE TINTA •

**ISABEL MUÑOZ**  
Teruel, 1975



Licenciada en Ciencias de la Información por la Universidad Complutense y en Ciencias Políticas por la Uned, es redactora de DIARIO DE TERUEL desde hace dos décadas donde escribe principalmente de temas sociales como educación, sanidad y servicios sociales

Cerró los ojos y sintió la brisa del mar sobre su rostro con ese olor a sal que despertaba todos sus sentidos y la sensación fresca de las primeras horas del día. Escuchó el rugir del mar que le hizo sentirse más viva que nunca, con ganas de saltar entre las olas.

-¡María, no podemos esperar más! Tenemos que marcharnos, mi nieto ya está aquí con su furgoneta.- Víctor la apremió estirando suavemente de su brazo.

María abrió los ojos y comprobó que su andador se había quedado ligeramente enterrado en la arena de la playa y tuvo que hacer un esfuerzo para lograr apartarse de la orilla de su amado Mediterráneo sin caer al suelo. Víctor tenía razón, no era el momento de perder más tiempo si querían que su plan tuviera éxito y su huida no fuera una pequeña anécdota que recordar con nostalgia durante las aburridas tardes en los sillones de la salita común de la residencia.

-¡Ya voy! Pero tendrás que ayudar tú a mi hermano Lorenzo que a mí con la arena me cuesta mucho caminar.- Respondió María, mirando un momento más cómo los primeros rayos de sol teñían de oro el mar.

-No te preocupes, yo me encargo.

Víctor se dio la vuelta y se acercó hasta un hombre con la mirada perdida que dibujaba círculos en la arena con su bastón. Le cogió del brazo y los dos amigos caminaron juntos hasta alcanzar a María que ya estaba cerca del paseo marítimo donde una destartada furgoneta esperaba con las luces de emergencia encendidas.

Desde el asiento del conductor, Pedro miró por el retrovisor y un hormigero le recorrió el estómago mientras una sombra de arrepentimiento cruzaba por su cabeza. Al ver acercarse a las tres figuras -la anciana con el andador que arrastraba con dificultad y su abuelo, al que notó más encorvado que nunca, llevando del brazo a su amigo Lorenzo cuyo rostro inexpresivo mostraba que su enfermedad seguía avanzando- sintió dudas sobre si había tomado una buena decisión accediendo a ayudar a su abuelo. Pero en ese momento se fijó en su sonrisa, esa que desde hace varios meses ya no veía, y recordó aquellas tardes en el parque cuando él era solo un niño y su yayo se movía con mucha más agilidad que ahora para jugar con él al escondite. Entonces lo tuvo más claro que nunca. Bajó del vehículo y ayudó a sus pasajeros a subir.

Mientras tanto, la mañana en Prado Traquilo comenzaba agitada. En la segunda planta se había producido una incidencia inexplicable en las habitaciones 203 y 205. No había saltado ninguna alarma en las pulseras de localización, sin embargo, los tres residentes de estos cuartos no habí-



an bajado a desayunar. La responsable de planta comprobó en los monitores que las pulseras estaban funcionando y ubicadas en sus respectivos cuartos pero la auxiliar había llamado repetidamente a sus puertas sin obtener respuesta. Entonces tomó una decisión y abrió las habitaciones. ¡Estaban vacías! ¿Qué había ocurrido? ¿Cómo podían haber desaparecido? -se preguntó doña Lucrecia, la supervisora de la segunda planta-. Prado Tranquilo era un centro geriátrico puntero en tecnología para el seguimiento de sus residentes y durante su turno no había saltado ninguna de las alarmas.

El pánico empezó a apoderarse de doña Lucrecia, cómo iba a explicar esto a sus superiores y a los familiares... Mientras estos pensamientos cruzaban por su cabeza, intentaba acordarse del nombre de aquellos dos hermanos que compartían la habitación 203 y del uraño residente de la 205, que no había hecho nada más que protestar desde que llegó a la residencia hacía un par de meses.

Y, de repente, cuando estaba a punto de perder el control, las

vio. Sobre las dos camitas estaban las pulseras de geolocalización que seguían funcionando. No creía que ninguno de los tres ancianos tuviera la formación suficiente para poder *hackear* los dispositivos de última generación. Pero al menos tenía algo con lo que empezar a buscar y entonces recordó a aquel insufrible jovenzaco con una larga barba que venía cada domingo a ver a su abuelo y cómo el anciano siempre mostraba mucho interés por esos estudios de Ingeniería Informática que su nieto llevaba un par de años realizando.

Todo el personal de Prado Tranquilo estaba alborotado tratando de encontrar a los tres ancianos pero entre todos había alguien más nervioso que los demás, pero que en el fondo sentía una pequeña satisfacción. La señorita Anita continuaba ayudando al resto de sus compañeros a buscar a los tres residentes por las instalaciones, aunque bien sabía ella que el entrañable y longevo trío formado por María, Lorenzo y Víctor ya estaría muy lejos, cumpliendo ese último sueño que en algunas de las largas tardes de verano María le había

confesado que quería cumplir. Ella misma había mirado hacia otro lado cuando de forma sigilosa salieron del recinto, protegidos por la oscuridad de las primeras horas de la madrugada.

La furgoneta había dejado hacía tiempo las carreteras de la costa para adentrarse en las vías que conducían al interior.

-Pedro, ¿sabes cómo llaman ahora a esta parte del país, la que no sale en los telediciarios, esa en la que yo me crié? -Víctor rompió el silencio en el interior del vehículo. -España vaciada. Algo de razón hay, no nos lo pusieron fácil y parecía una equivocación vivir en las zonas rurales. Los pueblos siempre han sido pueblos y las ciudades, ciudades, pero hubo un momento en el que nos equivocamos. Yo me equivoqué y me marché... quería una vida mejor.

-¿Crees que hubiera sido mejor en tu pueblo, abuelo? -Le preguntó su nieto.

-Eso no se puede saber. Pero me parece que no supimos distinguir las prioridades reales. Ahora pienso que he pasado tantas horas en atascos y que me he sentido tan solo estos últimos

meses, rodeado de tanta gente... pero ya sin tu abuela.

-Pero, abuelo, estoy preocupado, ¿qué vais a hacer los tres solos en esa aldea en la que casi ya no vive nadie? En la residencia estáis muy bien cuidados, con todas las comodidades. -Dudó de nuevo Pedro, sintiéndose cómplice de una locura que traería consecuencias.

-Vivir, querido, vivir. Tengo 95 años. Ya no puede importar si no me tomo la tensión todos los días, pero sí que hace falta que cuando me levante por la mañana tenga ganas de disfrutar del día. Eso queremos los tres. María y Lorenzo son mis amigos y los tres nos apoyaremos.

La furgoneta entró en la travesía que indicaba que había que ir a 50 kilómetros por hora. Estaban llegando, comenzaron a recorrer las estrechas callejuelas del municipio hasta divisar la vieja casa familiar. En el rostro de Víctor se dibujó una sonrisa difuminada por unas lágrimas de la emoción mientras veía a Lorenzo mirar atentamente por la ventanilla.

-Por fin estamos en casa.-balbuceó.